

Aspecto que presentaba el exterior de Lagun tras el devastador ataque de la Nochebuena de 1996.

JUAN HERRERO / EFE

Lagun» fue el nombre sugerido por el lingüista Koldo Mitxelena cuando María Teresa Castells, su marido José Ramón Recalde e Ignacio Latierro le consultaron sobre el término que barajaban para bautizar la librería que planeaban abrir. «Nos indicó que 'lagun' es exactamente 'tovarich', más que 'amigo, más matizadamente que 'compañero' o 'camarada'», explicaba Recalde muchos años después.

Corrían los inicios de 1968 y los tres jóvenes militantes del Frente de Liberación Popular o FLP –conocido como el FELIPE y cuya división vasca era ESBA (Euskadiko Sozialisten Batasuna)– veían en la cultura «una forma de oposición al régimen y de luchar por la libertad. Era un modo de expresión contra un sistema de pensamiento único», recuerda el historiador Luis Castells, hermano de María Teresa y cómplice de los otros tres en los inicios de aquella 'aventura'. El establecimiento, cuyo próximo cierre se ha conocido esta semana, abrió al público en el significativo y mitificado 1968, primero como tenderete y a partir de diciembre, ya como librería instalada en el local del número 3 de la Plaza de la Constitución donostiarra. Desde entonces han transcurrido 55 años y la cifra de ataques que la librería sufrió entre 1972 y 2010 –primero a cuenta de la extrema derecha y después, a cargo de la 'kale borroka'–, no se puede precisar, básicamente porque no todos se denunciaron o los consignó la prensa de la época. En cualquier caso, se cuentan por decenas. De buena parte de ellos da cuenta el capítulo que Gaizka Fernández y Juan Francisco López Pérez dedican a la librería donostiarra en su estudio 'Allí donde se queman libros-La violencia política contra las librerías (1962-2018)' (Ed. Tecnos).

El contexto. La conjunción entre los nombres de los impulsores de Lagun y la represión franquista hizo que la librería pronto estuviera en el punto de mira de la autoridad competente y sus entornos 'incontrolados'. «Los atentados más graves fueron en la época de ETA, pero ya en el franquismo los hubo por parte de los Guerrilleros de Cristo Rey, que era una forma de denominar a la Policía del régimen y sus aliados. La librería fue recibida con absoluta hostilidad porque en aquella época representaba una forma de oposición», explica Castells, que añade otros factores: «Defendía una cultura más de izquierdas».

Y aclara un punto: «Alguien puede suponer que la trastienda de Lagun era un cuarto enorme, pero era un espacio muy pequeño en el que se vendían los libros

Librería Lagun: muchos asedios y una resistencia

prohibidos: Ruedo Ibérico y también de editoriales argentinas o mexicanas. La censura no se caracterizaba por su inteligencia, sino porque en caso de duda, rechazaba el libro».

No fue el de Lagun un caso aislado en aquella época. De hecho, los atentados ultraderechistas contra librerías fueron numerosos en las postrimerías del franquismo y en los primeros años de la Transición.

1972, el primer ataque. Lagun, que ya en 1970 se había posicionado contra el Proceso de Burgos, fue atacada por primera vez en la madrugada del 25 al 26 de abril de 1972, cuando un artefacto arrojado contra el escaparate rompió el cristal y dañó algunos libros. Tres días antes, el líder de Fuerza Nueva, Blas Piñar, había participado en un mitin en el frontón de Anoeta, ante 2.500 personas, en el que lamentó la influencia marxista que se estaba produciendo a través de autores cuyos libros, según denunció, «sin el menor pudor podían verse en los escaparates de cualquier librería». Tres años después, María Teresa Castells pasa un mes en la cárcel de Martutene tras negarse a abonar la multa impuesta por instigar a otros comerciantes a la huelga en protesta por las condenas a muerte de los miembros de ETA Txiki y Otaegi, junto a tres miembros del FRAP.

La 'Transición'. Fue convulsa en general y también en lo que a las librerías donostiarras se refiere. En junio de 1976 y tras recibir unas cuantas amenazas, 'incontrolados' rompieron el escaparate del establecimiento. El ataque se repitió el 25 de enero de 1977, esta vez acompañado del lanzamiento de un cóctel molotov que provocó un incendio y daños valorados en 100.000 pesetas. El 15 de febrero de ese año, el autodenominado Comando Adolf Hitler del Orden Nuevo reivindicó el ataque, mediante una carta enviada a José Ramón Recalde, en la que calificaba de «pequeño aviso» el sabotaje y le instaba a cerrar la librería, tachada de «basura marxista». De no hacerlo, anunciaba nuevas acciones violentas. En realidad, este tipo de violencia ultraderechista se ejerció contra buena parte de las librerías con cierta frecuencia. Por citar un ejem-

Violencia. La librería donostiarra, que acaba de anunciar su próximo cierre, sobrevivió a lo largo de 55 años a los ataques de la ultraderecha primero y de la 'kale borroka' después

plo, la librería Donosti sufrió daños en la puerta y en el escaparate al estallar 200 gramos de Goma-2 en la noche del 9 de noviembre de 1978. Días antes, el propietario había mantenido un desencuentro con las autoridades en su condición de presidente del Gremio de Libreros de Gipuzkoa. No fue la única que sufrió ataques similares por parte de 'incontrolados'.

1983, primer choque con la IA. Tras unos años de relativa tranquilidad en la que no faltaron algunos escarceos a cuenta de unos carteles de la izquierda abertzale colocados en el local, el 14 de julio de ese año, en plena Semana Grande donostiarra, se produce el primer encontronazo serio entre los responsables de Lagun y ese sector. La negativa a secundar la huelga convocada con motivo de la muerte de un miembro de ETA la víspera, provoca amenazas que se traducen en pintadas. «Ya veréis lo que pasa por la noche», relató Ignacio Latierra que le dijo una componente del piquete, a lo que el librero replicó: «Nos pasará lo mismo que nos pasaba con los Guerrilleros de Cristo Rey, que durante el día nos ponían carteles y durante la noche nos ponían bombas». Latierra, que ya por aquel entonces era secretario general del Partido Comunista de Euzkadi-PCE, también añadió: «Yo sólo siento pena por el policía muerto en Sopelana», en referencia a un agente asesinado por ETA también el día anterior.

No existe un registro exacto de los ataques a la librería porque muchos no fueron denunciados, pero se cuentan por decenas

Durante los últimos años del franquismo y los primeros de la Transición, los ataques a librerías fueron algo frecuente

1995, comienza el acoso. A raíz de la implantación de la estrategia de «socialización del sufrimiento» por parte de la Izquierda Abertzale y tras el asesinato de Gregorio Ordóñez a principios de año, los escaparates de Lagun comienzan a presentar desperfectos casi cada fin de semana. Los libreros se preguntaban cada lunes: «¿Hoy tendremos el escaparate o no lo tendremos?». Al parecer, Castells pidió a un sacerdote que intentara mediar. Sin resultados.

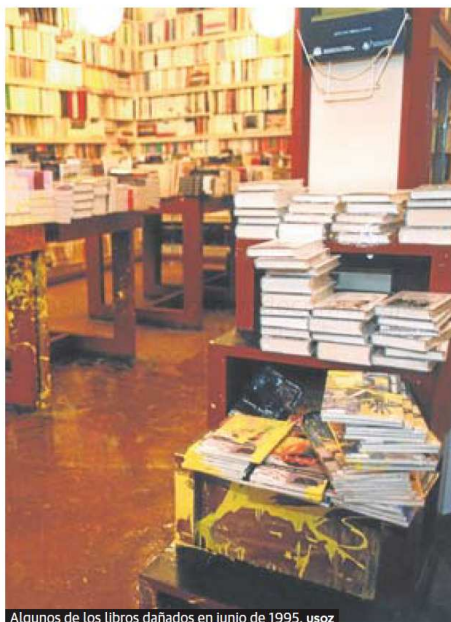
1996, ataques en cascada. El final de ese año fue de gran violencia. La 'kale borroka' atacó el establecimiento los días 6, 21 y 22 de diciembre. Dos días después, Ignacio Latierra fue agredido cuando participaba en una concentración en protesta por el secuestro del empresario José María Aldaya. Este 'in crescendo' violento culminó en la Nochebuena, un grupo de jóvenes encapuchados destruyó las cristalerías del escaparate. Avisados por una vecina, los libreros acudieron al local, en donde se encontraron un panorama dantesco: «Habían conseguido tirar todo el escaparate abajo y estaba lleno de pintura roja y amarilla prácticamente todo el escaparate y hasta el fondo lo que había caído. En fin -refiere Latierra en el citado libro de Gaizka Fernández y Juan Francisco López Pérez-, la sensación que tenemos es de que esto se ha acabado. No hay nada que hacer porque nos están machacando». Admite Latierra que tanto su militancia socialista como la de Recalde alimentaban la hostilidad, pero «lo fundamental era que estábamos en 'su' Parte Vieja, desprotegidos y sin comulgar, o más bien molestos, para sus objetivos». Coincide con este diagnóstico Gaizka Fernández: «Para la Izquierda Abertzale la Parte Vieja donostiarra es como 'la zona nacional'», asegura. Y añade que el control social, más que la complicidad, es el factor fundamental que explica que no se produjera un mayor respaldo a Lagun por parte de otros comercios o incluso vecinos. Desde la Presidencia del Gremio de Libreros de Gipuzkoa -distinta a la anteriormente citada-, su titular rehusó condenar los ataques, los enmarcó en «un tema político» y aseguró que algunos establecimientos se solidarizaban con Lagun, pero otros preferían mantenerse al margen para evitar «más problemas».

Los libreros renuncian a subsanar los desperfectos y se limitan a colocar una especie de empalizada tapando el escaparate para que por la noche tuviera algo de cierre». El di-

ALBERTO MOYANO



Pintura roja en la entrada del establecimiento, en 1995. usoz



Algunos de los libros dañados en junio de 1995. usoz



Pintada contra Recalde, en el 'nuevo' Lagun de la calle Urdaneta en 2010. LUSA

TESTIMONIOS DEL PASADO

María Teresa Castells
Librera



«Hasta los malos se vuelven buenos en Nochebuena. No han respetado estas fechas»

José Ramón Recalde
Impulsor del proyecto



«Koldo Mitxelena nos dijo que 'lagun' es 'tovarich', más que 'amigo'»

TESTIMONIOS ACTUALES

Ignacio Latierno
Librero



«En 1996 la sensación que tenemos es de que esto se ha acabado. Nos están machacando»

Galzka Fernández
Historiador



«Para la Izquierda Abertzale la Parte Vieja donostiarra era como 'la zona nacional'»

rigente del PSE-EE, Ramón Jáuregui, define Lagun como un «Fort Apache».

No obstante, una parte de la ciudadanía acude al rescate de la librería y se persona en el local para comprar libros manchados de pintura o con cristales y cualquier vestigio del ataque. «Nos comportamos como tenderos -indico Latierno en una entrevista a este periódico-. Ni pensamos si debíamos seguir o no, sino que vendíamos. Es significativo en un sentido, es decir, si esto nos hubiera pasado ocho años antes, si nos hacen esto en lugar de en 1996, en 1987-1988, cerramos seguro. No se hubiera producido esta reacción de la gente, pero para entonces ya había pasado lo del lazo azul y, en fin, diríamos que algo de rebelión en la población vasca se había producido». Aún hoy son numerosos los clientes que guardan en sus casas aquellos libros dañados. Un ejemplar se puede ver expuesto en el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo de Vitoria.

1997, quema de libros en la calle. Enero comienza como término diciembre, pero peor aún. El

11 de enero, en medio de una violenta jornada de «kale borroka», encapuchados rompen una de las lunas de la librería y arrojan dentro un cóctel molotov cuyas llamas logran sofocar los libreros con un extintor. Acude la Ertzaintza y el mando les dice: «¡Váyanse! ¡Váyanse!». Ante el amago de réplica, el agente zanja el tema: «¡No, no! ¡Cierren y váyanse! ¡Cierren y váyanse!». Horas después, de madrugada, ese grupo de encapuchados o quizás otros regresa a la librería, saca los libros del

local, los apila en plena Plaza de la Constitución y les pega fuego. No hubo selección de títulos, el «akelarre» fue aleatorio: manuales de aprendizaje del euskera, el diccionario de filosofía de José Ferrater Mora en cuatro tomos y algunos volúmenes pequeños. «Una imagen de desolación absoluta». Algunos vecinos se enfrentaron a los atacantes y un joven recibió un botellazo en la cabeza. A partir de esa noche, una dotación de la Ertzaintza estacionada bajo los arcos de la plaza custo-

diaría la librería las 24 horas. El establecimiento blindó sus persianas.

Ese mismo mes, el Gremio de Libreros desautoriza las declaraciones «a título personal» que su presidente realizó un mes antes y condenó los ataques contra el establecimiento donostiarra. Al apoyo se suman la Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros y la Federación de Gremios de Editores de España, que ese mismo año distinguen a Lagun con el Premio al Me-

'Txelis' fue a la librería a dar sus condolencias tras fallecer Castells

A Ignacio Latierno no le consta que nadie de quienes participaron o alentaron aquellos ataques transmitiera, si quiera de forma anónima, algún mensaje de disculpa o arrepentimiento. Lo más parecido es la visita que el exdirigente de ETA José Luis Álvarez Santacristina 'Txelis' realizó a la librería, ya en la ca-

lle Urdaneta, poco después del fallecimiento de María Teresa Castells en 2017. «Vino y me dijo: ¿no me reconoces? Porque había sido cliente de Lagun a comienzos de los setenta -relata Latierno-, pero la verdad es que en ese momento no le reconocí». 'Txelis' había sido detenido en Bidart en 1992 junto a los otros dos miembros de la entonces cúpula de ETA. Con los años se desmarcó públicamente de la organización y desde 2010 estaba en régimen

de prisión atenuada. «Me transmitió sus condolencias por la muerte de María Teresa y por todo en general. Luego vino varias veces más a comprar libros y una vez coincidió en una sala de espera durante la enfermedad de Rosa (Cuezva, mujer de Latierno, fallecida el año pasado). Incluso alguna vez hablamos de tomar un café, pero el encuentro no se ha producido, supongo que porque yo estaba cada vez menos en la librería».



Pintadas amenazantes en 2001, una vez cerrada la librería. TELEPRESS



El escaparate destrozado, en enero de 1997. POSTIGO

por Libro del Año. Además, recibió el respaldo explícito de escritores y personalidades de la cultura como Eduardo Chillida, Javier Marías, Nestor Basterretxea, Bernardo Atxaga, Fernando Savater, Manuel Rivas, Elías Querejeta.

2000, el atentado a Recalde. Una mañana de mayo las calles de la Parte Vieja amanecieron con sus paredes cubiertas de carteles llamando a boicotear la librería. Pero el auténtico salto cualitativo, que marcaría un antes y un después en el devenir de Lagun, fue el atentado que Recalde sufrió el 14 de septiembre, cuando regresaba a su casa en compañía de María Teresa Castells. Gravemente herido por el disparo, logró sobrevivir. Aquel fue el último día que Lagun abrió en el local del número 3 de la Plaza de la Constitución. Después, vino un período de inactividad.

2001, reapertura en el centro. Tras unos meses en los que la librería permaneció cerrada, lo que no impidió que su antiguo local ya abandonado continuara siendo objeto de pintadas —«Que se

vayan preparando», «Faxistak kanpora»...—, Lagun renace de sus cenizas, pero esta vez en la céntrica calle Úrdaneta de la capital donostiarra. La reapertura, en agosto, es el resultado de los esfuerzos de un grupo de ciudadanos, que aportó desde importantes cantidades hasta 5.000 pesetas. Con esos fondos se constituyó una sociedad anónima que adquirió el local del número 3 de la citada calle, más amplio que el original.

Desde 2010 hasta hoy. ¿Cesaron los ataques? No, pero se espaciaron en el tiempo y sobre todo, perdieron virulencia. En octubre de 2010, con ETA ya en alto el fuego, el escaparate de Lagun amaneció con la pintada: «Recalde RIP», junto a una diana y el anagrama del hacha y la serpiente. Durante años, la librería continuaría escoltada. Esta semana, 55 años después de su fundación, Lagun ha anunciado su próximo cierre a causa del descenso en las ventas de libros. Mientras llega ese día, sus responsables continúan atendiendo a los clientes en la librería, más concurrida que nunca durante estos días.

«El franquismo se veía que se acababa, pero ETA parecía que nunca se iba a terminar»

El historiador Luis Castells, hermano de la fundadora de la librería, cree que en el cierre del establecimiento hay también un componente de olvidar lo incómodo

A. MOYANO

SAN SEBASTIÁN. El historiador Luis Castells considera que algo se perdió en Lagun en el camino que va de su cierre en la Plaza de la Constitución en el año 2000 a su reapertura en la calle Úrdaneta al año siguiente. «La librería se mantuvo, pero es verdad que consigueron expulsarla. Ignacio (Latierro) dice que perdió ese componente 'familiar' que tenía. Yo creo que lo mantuvo, pero era ya otra época. Pienso que sigue siendo un lugar de encuentro de gente diversa y eso se ha mantenido, pero en una sociedad menos tensionada».

Obviamente, no es lo mismo soportar el hostigamiento violento a los treinta años y frente a un régimen agónico, que en la sesentena y bajo una ETA que se eternizaba en el tiempo. «María Teresa era una mujer muy difícil de vencer. Cuando pensaba que alguien la quería doblegar, reaccionaba manteniéndose firme, y su idea siempre fue que Lagun tenía que sobrevivir, pero la tremenda situación de 2000 —con el atentado a José Ramón Recalde—, lo cambió todo», afirma el historiador.

«Voces disonantes»

Además, aporta unas pinceladas que ayudan a entender dos situaciones muy distintas. «En el final del franquismo todos éramos conscientes de que aquello se acababa, aunque la situación del régimen parecía no moverse. No sabíamos lo que duraría, pero sí que estábamos viviendo los últimos momentos del régimen. En cambio con ETA lo que pasamos todos fueron momentos de una enorme desazón porque parecía algo invencible que nunca se terminaba. Podía recibir golpes policiales, pero su capacidad de presión era tremenda».

«Los peores momentos de Lagun son con la 'kale borroka', que era el brazo civil de ETA y que no iba a permitir voces disonantes al respecto. Aquellos, recuerda, fueron los momentos más descorazonadores en el sentido de que era un tema muy enquistado



El historiador Luis Castells, durante una charla. SARA SANTOS

en la sociedad vasca».

El atentado contra Recalde en el año 2000 devolvió a la 'familia de Lagun' el sentimiento de «fragilidad de la resistencia personal frente a ETA» que, por otra parte, siempre presente, nunca les había abandonado. «Tienes la impresión de que no va a acabar nunca y además actúan con enorme impunidad porque en momentos de acoso, llamaban a la Policía y ésta se disculpaba, pero respondía que no podía entrar en la Parte Vieja. Era una situación desesperante por la percepción de impunidad que tenía el mundo de HB».

Con los cambios políticos, sociales y culturales que conlleva el paso del tiempo, las librerías han perdido su peso simbólico, aunque el libro aún mantiene un aura de prestigio especial. Sirva como prueba que frente a la

MARÍA TERESA CASTELLS

«Era una mujer muy difícil de vencer. Si creía que alguien la quería doblegar, reaccionaba manteniéndose firme»

DEBER DE MEMORIA

«Como vivimos en una sociedad del bienestar, eso genera una tendencia a olvidar todo lo que ha pasado»

percusión que tuvieron los ataques a Lagun, mucho más desapercibidos pasaron los que sufrió la farmacia en Larratxo de la mujer del escritor Raú Guerra Garrido, finalmente condenada al cierre tras un devastador incendio.

Con todo, Castells reconoce que «vivimos en una sociedad muy distinta a la de hace unos años. En algunos aspectos mejor porque ya no tenemos la incidencia de la violencia, que por otra parte generaba una respuesta más combativa, incluida de la cultura, en la lucha contra la barbarie. Hoy en día —continúa—, la barbarie se ha difuminado. Vivimos en una sociedad más reposada y hedonista, por lo tanto, no existe ese elemento combativo frente a la barbarie».

En este sentido, el mayor riesgo a su juicio radica en el olvido. «Como vivimos en una sociedad del bienestar, eso genera una tendencia a olvidar todo lo que ha pasado. Y claro, Lagun significaba una forma de recuerdo. Su cierre se debe a razones económicas por falta de apoyo a la hora de ir a la librería a comprar y eso tiene que ver con su condición de símbolo que igual no es agradable recordar».

El historiador considera que «ese deseo de pasar página constituye otro problema porque vivimos en unas sociedades más apaciguadas en todos los sentidos y eso repercute en elementos simbólicos como puede ser la librería Lagun».